



**BIBLIOTECA VIRTUAL
MIGUEL DE CERVANTES**

BIBLIOTECA AFRICANA

www.cervantesvirtual.com

AHMED DAUDI

El diablo de Yudis

[Fragmento]

Edición impresa

Ahmed Daoudi, *El diablo de Yudis* (1994)

En

Ahmed Daoudi (1994), *El diablo de Yudis*. Madrid: Ediciones Vosa. (pp. 36-39)

Edición digital

Ahmed Daoudi, *El diablo de Yudis*. Fragmento. (2015)

Mar Garcia (ed.)

Biblioteca Africana – Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes
Septiembre de 2015



Este trabajo se ha desarrollado en el marco del proyecto I+D+i, del programa estatal de investigación, desarrollo e innovación orientada a los retos de la sociedad, «El español, lengua mediadora de nuevas identidades» (FFI2013-44413-R) dirigido por Josefina Bueno Alonso.



Universitat d'Alacant
Universidad de Alicante



El diablo de Yudis

Ahmed Daoudi

Todavía recuerdo las muertes que viví por aquella tierra penosa que pisaban los inmigrantes descalzos, la suerte que me protegió de los peligros de aquel viaje con remos y sin brújula en el laberinto de la medianoche, el buen humor con el que enmascaraba la vuelta vergonzosa cuando todo el mundo regresaba perfumado por innumerables regalos, el fervor que me lanzó hacia aquel viaje sin alas cuando la miseria empezaba a tejer sus telarañas en mi casa.

También recuerdo el fuerte trauma que me había causado la desaparición de Tawawan de las calles de Fez, el dolor y la rabia que me había producido su detención mientras descansaban los criminales largamente acosados sin rigor.

Cuando lo conocí era un chaval poco comunicativo. Vino buscando empleo a la fábrica donde yo trabajaba. Por la tarde lo vi en el barrio; me regaló un saludo frío, señal de que me había reconocido. Al principio hubo un momento en el que sospeché que Tawawan era de las personas que no crecían sobre un pasado sano. Intenté conocer su historia, aunque una persona de sus años no guardaría nada más importante que una chica que habría perseguido o una partida de cartas que habría ganado.

No obstante, desde las primeras semanas de su compañía en el autobús, empecé a intuir que tras su aspecto casi infantil reposaba una madura voluntad. Su manera tan pausada de conversar disminuía la velocidad intencionadamente acelerada de mi charla. Su sagacidad silenciosamente despierta frenaba mis intromisiones con oportunas lagunas que yo no lograba llenar en su momento. Tawawan, un hombre totalmente diferente de lo que imaginaría la gente de un joven de cuerpo juncal, parecía orgulloso por haber llegado a tener la edad de un blando bigote de puntas engomadas y rebelde por el pelo largo y rizado que cuidaba como buen aficionado a la música de Bob Marley.

Nosotros no lo conocimos tal como era hasta que se ofreció voluntariamente para dirigir las reformas que precisaba el barrio. Aunque el viejo Malmilam se le opuso como rival más competente por su edad de ceniza precavida, aunque difundió entre las familias la imagen de un alcohólico Tawawan que pretendía ordeñar con astucia maligna a los humildes para comprar droga y, aunque su aspecto sustentaba la propaganda divulgada por el viejo Malmilam, Tawawan no se rindió. Todo lo contrario, entró apasionadamente en la rivalidad, y se lanzó furiosamente a criticar al viejo Malmilam, hasta que consiguió que tres familias enteras apoyaran sus ideas profundamente pensadas y su disposición abiertamente reformista.

En realidad, yo mismo no confiaba en él, pero me impresionó la firmeza de su postura y me deslumbró el rumbo de su iniciativa. Tawawan fue el primero que propuso decididamente una reforma del barrio: poner tuberías en las casas para no ir a la fuente, conectar el barrio con Bujlud abriendo una

calle asfaltada y construyendo aceras para no cruzar el cementerio, tener cables de alta tensión para no usar butano y baterías, solicitar una línea de autobús para el barrio en vez de andar veinte minutos pisando barro en invierno y levantando polvo en verano, crear un fondo vecinal para realizar todo aquello en vez de entregar cada año una petición al Ayuntamiento, tal como hacía Malmilam.

Yo era uno de los que estaban hartos de tanto esperar una respuesta favorable de los otros. Aunque no llevaba más que dos años viviendo allí, sentía que mis días se precipitaban sin ningún cambio; temía acostumbrarme a un modo de vida precario. Malmilam era el más viejo de quienes vivían en el barrio; llevaba allí más de seis años. Por eso nadie discutía su representatividad, que generalmente consistía en encabezar las fiestas nacionales y reivindicar un campo de fútbol para los niños que proliferaban en las puertas de las casas.

Había construido mi vivienda dos meses después de vender la parcela que me había tocado en herencia. Cuando llegué a lo que íbamos a bautizar posteriormente con el nombre de Tukadi Dos, no había más que tres chabolas habitadas. Decidí construir la mía después de colocarme en la fábrica textil. Fui comprando madera y ladrillos y llevándolos en la oscuridad camufladora de la noche al clandestino barrio. Cuando me descubrió Malmilam me advirtió claramente que sin soborno no podía instalarme, y me amenazó con delatarme a la policía que muy pocas veces recorría los suburbios de la ciudad. Después de comprar su consentimiento me sentí más confiado, incluso más protegido por los vecinos que a veces salían a medianoche para ayudarme a levantar el primer cuarto de la casa, que no tardé más de cuatro noches en estrenar. Me resultó muy duro acostumbrarme a dormir en mi propia habitación y olvidar el calentito dormitorio que me había ofrecido mi prima durante mis primeros meses de estancia en Fez. Los pocos vecinos que tenía compartían conmigo no sólo la alegría de haberlo estrenado, sino el miedo a perderlo si se enteraban las autoridades. A todos nos atormentaba esa incertidumbre. Sin embargo, cuando enfrentaron la existencia de un barrio con el nombre de Tukadi Dos, ya residían en él más de cuatro mil familias desamparadas. Los habitantes, bajo la representación de Malmilam, mostrábamos nuestra sumisión a las autoridades preocupándonos exageradamente por las fiestas nacionales, como si estuviéramos rogando a través de ellas una solemne indulgencia por el pecado de existir.

Cuando apareció Tawawan por nuestras calles con la intención de alquilar una casa empecé a sentir el reconocimiento popular del barrio como residencia y a comprobar que los demás también lo consideraban habitable. No obstante, mi constatación no era muy acertada porque, como Tawawan me explicó años más tarde, para él no era cuestión de elección entre varios, sino una obligación por su escaso sueldo. En realidad él se había instalado con la ilusión de adquirir una casa propia. Tal vez su pretensión de reformar el barrio emanaba de ese deseo. De todas maneras sus propuestas interesaban a todos los habitantes, que parecían los supervivientes de un terremoto instalados en un campamento eternamente provisional.

La honrada obstinación de Tawawan prevaleció hasta que encontró un eco en el hueco que roncaba silenciosamente en las viviendas. Aquello sucedió cuando dos hombres se le ofrecieron como

ayudantes para formar un triángulo directivo. Empezaron por recaudar el dinero antes de emprender las tareas. Nuestras sospechas se esfumaban paulatinamente a medida que avanzaban las obras. Al cabo de tres meses y medio casi todas las familias disponían en sus casas de desagües que desembocaban en las alcantarillas, obra de los albañiles que vivían en el barrio dirigidos por Tawawan.

Aunque Malmilam protestaba argumentando que el agua de las alcantarillas se escapaba por todas partes, la gente ya no atendía a sus propuestas de esperar hasta que mandase el Ayuntamiento sus especialistas; preferían aguantar el escape que salir todas las noches a escondidas a descargar el intestino al aire libre.

Ahora, cuando abro el grifo de mi casa y veo cómo se precipita el chorro de agua al desagüe que instalé en aquel momento, aparece la imagen de Tarwawan en mi memoria carcomida, como un corazón que sigue palpitando dentro de un cuerpo completamente muerto.